



AÑO XXIX.

PERIODICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

NUM. 21.

QUE CONTIENE LOS ULTIMOS FIGURINES ILUMINADOS DE LAS MODAS DE PARIS. PATRONES DE TAMAÑO NATURAL. MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA. CROCHET. TAPICERIAS EN COLORES.
NOVELAS. — CRÓNICAS. — BELLAS ARTES. — MÚSICA, ETC., ETC.
SE PUBLICA EN LOS DIAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES.

Sumario.—La carta de amor.—Bolsa para labores de frivolidé.—Dos abrazaderas de cortina. Cubre-piés respuntado con orlas de encaje inglés.—Estuche para peine de bolsillo.—Confortante de jardín para niña de 6 á 8 años.—Trajes de gimnasia para niños de 6 á 12 años.—Acerico suspendido.—Cojin redondo.—Sombrilla de jardín.—Cuello para corpiño abierto.—Capelina de verano (punto de aguja).—Capelina con banda (punto de aguja y crochet).—Sombreros de paja para niños de 4 á 14 años.—Salto de caballo.

Explicacion de los grabados.—Secretos del hogar doméstico, por doña Faustina Saez de Melgar.—La carta de amor.—Flores del pensamiento, por Fernando de Anton.—Revista de modas.—Explicacion del figurin iluminado.—Correspondencia.—Solucion al geoglífico del núm. 21.—Anuncios.

Bolsa para labores de frivolidé.

Las figuras 77 y 78 (verso) de la próxima hoja de patrones número 13, pertenecen á este objeto.

Se hace esta bolsa de carton, cubierto por el exterior de tafetan granate y por el interior de tafetan verde.

Córtase la bolsa entera (por la fig. 77 que solo representa la mitad) de carton, percalina y tafetan granate, y cuatro pedazos por la fig. 78, dejando medio centimetro demás sobre el contorno, para el repliegue. Se respuntea el tafetan sobre la percalina, siguiendo las líneas lisas de las figuras 77 y 78; se cubre la figura 77 por el exterior con tafetan respuntado, y por el interior con un trozo



LA CARTA DE AMOR.

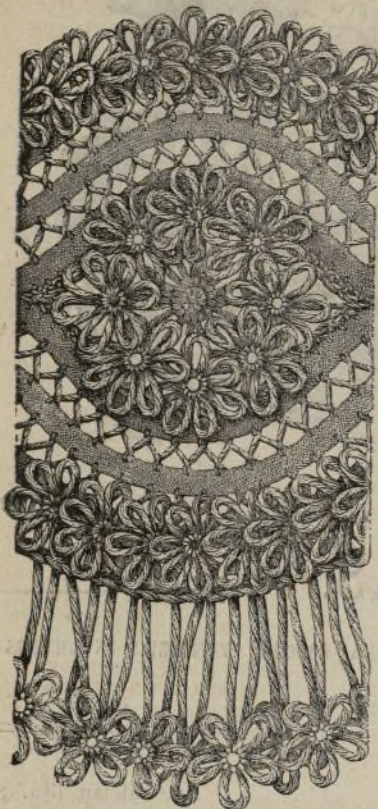
de tafetan liso. Se repliegan las telas sobre el contorno y se festonea éste. Se deberá introducir de antemano una tira de carton suficientemente ancha entre las dos líneas de puntos de la fig. 77, inmediatas al punto doble. Carton y tafetan van luego respuntados al derecho sobre las líneas de puntos de la fig. 77. Se cubren las tapas (figura 78) al derecho con tafetan respuntado sobre percalina, y por el interior con tafetan verde. Se festonean las dos telas sobre el contorno de las tapas y se respuntan estas sobre la bolsa acercando los números iguales y tomando tambien el carton. En el interior de la bolsa se respuntea un trozo de tafetan verde para ocultar la costura de las tapas. Se respuntea al exterior una tapita terminada por una presilla hecha de tafetan. En el interior se pónen muchas presillas destinadas á los utensilios de labor, y en la otra mitad una bolsa de tafetan verde cuyo borde superior va dobladillado en forma de jareta, conteniendo una cinta elástica (véase el dibujo).

Dos abrazaderas de cortinas.

N.º 1. De cordon blanco dispuesto en forma de buclesillos, que van cubiertos con hilo grueso de frivolidé. Sobre el borde inferior, fleco hecho al crochet con hilo de frivolidé. Uno de los dos dibujos representa una parte de la abrazadera de dimension redu-

JUNIO DE 1870.

cida, y el otro indica, de tamaño natural, una de las rosáceas que componen la abrazadera: ésta tiene 35 centímetros de largo. Se trazan sus contornos sobre un trozo de cartón ó de papel fuerte, y se fija sobre este cartón ó papel el cordón que se dispone en forma de bucleillos. Hacia la extremidad de la abrazadera la



CENTRO DE LA ABRAZADERA N.º 2.

rosácea disminuye de estension. Se prepara el borde con el mismo cordón y de igual manera, y después se le cubre festoneándolo y reuniendo también del mismo modo los bucleillos de la rosácea. Para hacer el fleco se toma un crochet, y en cada punta de feston del borde se hace una malla al aire, que se estira para darle un largo de 7 centímetros. Todas estas mallas deben tener una longitud igual, y para conseguir este resultado se conservan siempre sobre el crochet los tres ó cuatro bucleillos hechos en último lugar. Cuando el fleco se halla terminado, se cortan estos bucleillos.

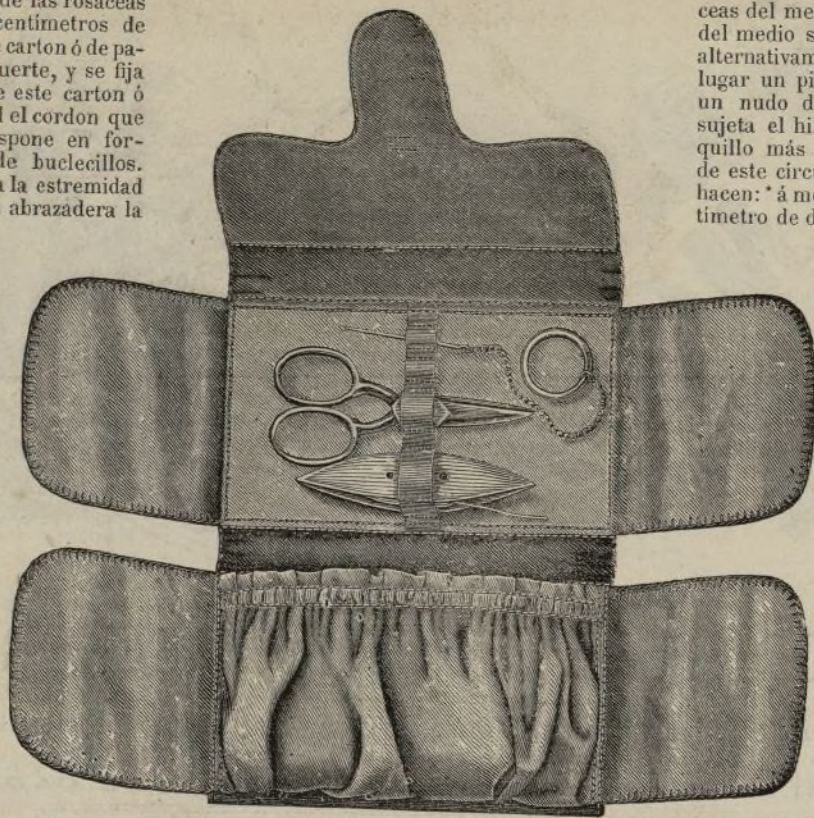
N.º 2. De encaje inglés y frivolidé. Se empleará, para hacer esta abrazadera, galon blanco ó hilo blanco grueso y torcido.

Uno de los dibujos representa una mitad (dimensión reducida), y el otro el centro de tamaño

natural. En el centro se colocan círculos hechos de frivolidé, y sobre el contorno una cenefa también de frivolidé. El



N.º 1. ABRAZADERA DE CORTINA.



BOLSA PARA LABORES DE FRIVOLIDÉ (abierta).

un círculo que se compone de 7 veces alternativamente un nudo doble,—un piquillo de tres cuartos de centímetro de ancho,—otro nudo doble;—á medio centímetro de distancia se ata la hebra al piquillo más próximo del penúltimo círculo, y luego se vuelve á empezar desde *. El revés de la labor viene á ser el derecho de la rosácea. Las otras cuatro rosáceas están hechas del mismo modo, pero algo más pequeñas. La cenefa se compone de círculos hechos como el círculo exterior de la rosácea, y separados uno de otro por un centímetro de intervalo. Se cose la rosácea sobre la abrazadera. Para hacer el fleco se hace un círculo de un nudo doble, y cinco veces alternativamente, un piquillo de tres cuartos de centímetro de largo,

un nudo doble;—á 6 centímetros de distancia se hace otro círculo igual, y así sucesivamente. Entre dos círculos



BOLSA PARA LABORES DE FRIVOLIDÉ (cerrada).



N.º 2. ABRAZADERA DE CORTINA.

en medio del hilo que los une, se hace una malla simple. Se hace en seguida una vuelta de mallas simples, y cada una de las mallas en-

largo de la abrazadera es de 35 centímetros, sin contar la presilla de cada extremo.

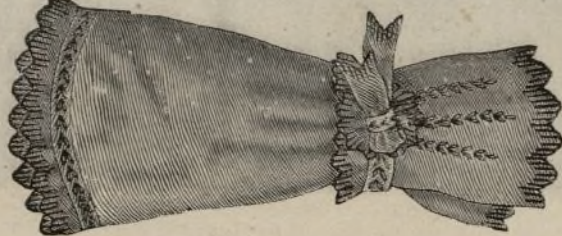
Se trazan los contornos del dibujo sobre un papel grueso, y se cose el galon que forma la presilla de cada extremo. Se junta el galon por medio de costuras en cruz hechas con algodón blanco; los dos galones del medio van adornados de un feston que se hace sobre sus lados largos. En medio de cada espacio que queda libre, entre dos curvas opuestas de la abrazadera, se hace una rueda y se cose una rosácea pequeña de frivolidé. Cada una de las cinco rosá-

cierra uno de los hilos del fleco.

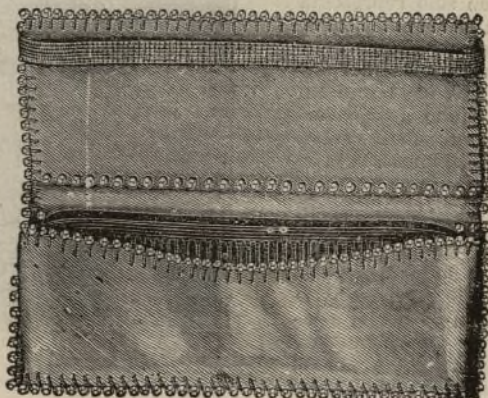
Cubre-piés respunteado con orla de encaje inglés.

La fig. 29 (recto) de la próxima hoja de patrones, número 13, pertenece á este objeto.

Este cubre-piés está hecho de seda encarnada con forro de rasete. Se guarnece la parte de debajo con un pedazo de lienzo blanco de la misma dimensión del cubre-piés y ribeteado de la orla de encaje inglés y crochet, que se vuelve y abrocha por encima del cubre-

CONFORTANTE DE JARDIN PARA NIÑA DE SEIS Á OCHO AÑOS.
(La esplicacion en la próxima hoja de patrones.)

ESTUCHE PARA PEINE DE BOLSILLO (cerrado).



ESTUCHE PARA PEINE DE BOLSILLO (abierto).



CUBRE-PIÉS CON ENCAJE INGLÉS.

piés. La fig. 29 representa una parte del dibujo de encaje inglés. En el centro de los arabescos se pone una rosácea hecha al crochet.

Estuche para peine de bolsillo.

Para hacer este estuche se toman dos pedazos cuadrados, uno de tafetan moreno y otro de cuero gris (este sirve de forro), de 9 centímetros de largo por 7 centímetros y medio de ancho cada uno. Se dobla el pedazo de tafetan a la mitad de su ancho; se borda uno de los lados al punto ruso con seda negra; se dobla del mismo modo el pedazo de cuero, y se fija sobre una de las mitades un pedazo del mismo cuero (formando la bolsa) de 11 centímetros de largo por 3 centímetros y medio de ancho. El borde superior va festoneado con seda morena, y se toma una cuenta de acero para cada punto. Antes de coser esta bolsa se repliegan sus lados trasversales hacia abajo a una anchura de un centímetro. Se le une al forro festoneándole alrededor sobre éste (excepto el borde superior). Se coloca este forro sobre el revés del tafetan, poniendo en cada estremidad un pedazo de carton suficientemente largo y de tres centímetros y un cuarto de ancho: queda, por consiguiente, en medio del estuche un espacio de un centímetro sin carton. Se juntan la parte de encima y el forro, festoneándolos con cuentas de acero, como se acaba de explicar. Sobre el borde trasversal de uno de los costados se fijan al mismo tiempo los dos extremos de un cordón elástico de seda cobriza de 9 centímetros de largo, que forma la tira destinada a envolver el estuche. Para fijar los trozos de carton se cosen la tela y el forro hacia abajo y después hacia dentro. Para cada punto se ensarta una cuenta de acero.

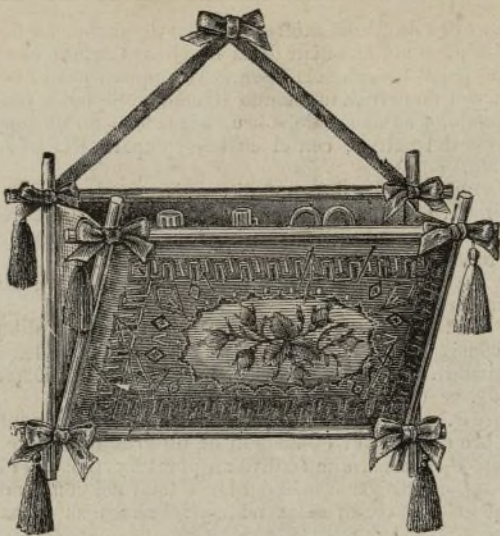
Acerico suspendido.

Este acerico va guarnecido de una bolsa que sirve para contener las tijeras, ovillos, etc. Para prepararle se toman ocho pedazos de junco, cuatro de ellos de 12 centímetros y medio de largo y los otros cuatro de 8 centímetros y



MEDALLON (centro del acerico).

medio cada uno. A un centímetro y medio de distancia de los extremos de cada trozo de junco se hace una hendidura y se juntan dos juncos largos y dos cortos, es decir, que uniendo las dos hendiduras se atan los dos juncos. Se preparan dos cuadros de carton de la dimension necesaria para llenar los dos marcos de juncos. Uno de estos trozos de carton va cubierto sobre los dos lados con tafetan verde, y el otro guarnecido de una almohadilla, en el centro de la cual se coloca un medallón cortado de paño blanco y bordado con arreglo al dibujo que publicamos para el centro del acerico. Este bordado está hecho al pasado con sedas torcidas de muchos matices verdes y de color de rosa. Se cubre la almohadilla con paño verde, recortado en el centro para dejar el espacio del medallón bordado. El contorno de este centro va dentado y luego adornado de cuentas de oro (véase el dibujo del acerico). El resto del pedazo de paño verde va bordado al punto ruso con seda verde, negra, blanca é hilillo de oro. El revés del carton va cubierto de tafetan verde. Se juntan los dos trozos de carton



ACERICO SUSPENDIDO.



COJIN REDONDO.

por medio de una tira de tafetan verde, plegada sobre su borde inferior trasversal y puesta doble, de 4 centímetros de ancho. Esta tira representa uno de los fuelles; se pone uno completamente igual en el otro lado. Se reúnen los dos marcos atándolos con cinta de tafetan verde. Sobre el borde superior del marco de detrás se fija una cinta verde de 20 centímetros de largo. En medio y á cada extremo de esta cinta se pone un lazo. Borlas verdes de seda.

Cojin redondo.

PASADO Y APLICACION.

La fig. 32 (recto) del próximo patron núm. 13 pertenece á este objeto.

Este dibujo, que puede servir tambien para taburete de piano, se compone de tres paños de color diferente. La parte exterior es de paño moreno con bordado de hilillo de oro, seda morena torcida y galoncillo moreno: su contorno interior va dentado. La fig. 32 representa la cuarta parte del dibujo. Debajo de este contorno se fija un círculo de paño, color de gamuza, de 6 centímetros de ancho, cortado sobre el contorno interior de la fig. 32 y puesto de tal suerte que sobresalga de éste la mitad de su ancho. El centro, fijado bajo el paño color de gamuza, va cortado de paño blanco. Se le borda con arreglo al dibujo publicado en el número 14. El diametro de este cojin es de 50 centímetros: se le guarnece con un rizado de cinta morena y un volante de paño blanco recortado.

Sombrilla de jardin.

Se hace de batista cruda forrada de fular del mismo color. La guarnicion se compone de un volante de la misma batista de 10 centímetros de altura, bordado de algodón blanco con arreglo al dibujo especial publicado á este efecto. El volante va cosido sobre el borde de la sombrilla, de manera que sobresalga de ésta 5 centímetros. Por encima se ponen dos rizados plegados de la



OTRO MEDALLON.

misma batista, cada uno de los cuales tiene 6 centímetros de alto; su costura va tapada con una tira (entredós) de 2 centímetros de ancho, bordada con arreglo al dibujo especial publicado para este objeto.

Cuello para corpiño abierto.

De encaje de Brujes, de 4 y 6 centímetros y medio de ancho, y cinta de terciopelo negro de 3 y 7 centímetros de ancho. Se toma un trozo de cinta de 3 centímetros de ancho por 90 de largo, se hace un pliegue en medio por de rás, á fin de formar una punta. Se hace otro pliegue á cada lado, á una distancia de 10 centímetros de su estremidad. La cinta invertida en cada pliegue va cortada. Se guarnece la cinta sobre su borde superior con el encaje, que tiene cuatro centímetros de ancho, puesto á tablas, y formando un pliegue en cada extremo, por encima del de la cinta. Bajo el borde inferior por delante, se cosen dos pedazos de muselina de 5 centímetros de ancho y de largo, en medio de los cuales se pone un trozo de cinta ancha, de 20 centímetros de largo, ses-



TRAJES DE GIMNASIA: NIÑA DE OCHO Á DIEZ AÑOS: NIÑOS DE DIEZ A DOCE Y DE SEIS Á OCHO AÑOS.

(Explicacion en la hoja de patrones núm. 13.)

gada sobre su borde inferior: presilla de la misma cinta, fijada en el borde superior. Debajo del borde inferior de la espalda se fijan sobre el pliegue de la cinta ancha dos trozos de cinta de treinta centímetros de largo cada uno, y un lazo compuesto de dos bucles. Se guarnece el bor-



CUELLO PARA CORPIÑO ABIERTO (espalda).

de inferior de las cintas en que se han hecho los pliegues con encaje ancho, que se dispone en forma de *conchitas* en medio de la espalda. Esto forma media rosacea que rodea el lazo. El encaje va fruncido del mismo modo por delante en cada extremo, orla los cuadros de muselina y además se continúa frunciéndolo sobre un largo de 18 centímetros. Su borde superior va sesgado de suerte que solo tenga un centímetro de ancho y se le pega un encaje igual sesgado del mismo modo, lo cual forma una especie de caída que se pega al cinturón. Se pone por delante un lazo sin caídas.

Prepárase la armazón con cartón, se la cubre por el interior y por el exterior con tafetán moreno fruncido, y se la adorna con pleitas de paja bordadas.

Capelina de verano (punto de aguja).

La fig. 53 (verso) de la hoja de patrones número 12 pertenece a este objeto.

Se labra esta capelina con lana céfiro blanca, de un dibujo calado. Se la guarnece con un encaje hecho a punto de aguja y con lazos de

cintas azules de 2 centímetros y medio de ancho. La figura 53 representa la mitad de la capelina. Córtese el patron de papel de una sola pieza, y se empieza por el borde inferior de detrás, montando 10 mallas. Se labra yendo y viniendo, y aumentando sobre cada lado, a fin de copiar la forma del patron, con el cual se comparará la labor a menudo.

1.^a vuelta.—La primera malla va siempre levantada, sin ir labrada. Se hace alternativamente un echado,—2 veces seguidas menguado (para cada menguado se labran 2 mallas, juntas al derecho).

2.^a vuelta.—Al derecho. Sobre cada echado se labra una malla al derecho y una malla al revés.

3.^a vuelta.—Como la 1.^a, pero invirtiendo el dibujo. Por consiguiente, el echado debe hallarse entre los dos menguados. Se labra de esta manera, creciendo ó menguando, según lo exige la forma del patron.

Encaje.—Se le principia por el borde dentado, montando sobre un crochet de madera de un grueso regular un número de mallas, que se dividan por 12 y tengan el largo y una cuarta parte más del largo total del contorno de la capelina. Se cogen estas mallas sobre agujas de hacer media.

1.^a vuelta.—Alternativamente 2 mallas labradas juntas,—un echado.

2.^a vuelta.—Al derecho.

3.^a vuelta.—Una al derecho,—un echado,—una al derecho,—un echado,—una al derecho,—un echado,—4 veces seguidas menguado,—1 echado,—una al derecho,—un echado. Vuelve a principiarse desde *.

4.^a vuelta.—Al derecho.

Se repiten otras 5 veces la 3.^a y la 4.^a vuelta, y luego se hace esta vuelta: alternativamente un echado,—menguado,—una vuelta al derecho, y luego se desmonta flojo.

El delantero de la capelina va un poco fruncido de cada lado, desde el punto doble hasta la estrella. En este lugar el encaje va igualmente fruncido, y se pone otro encaje igual muy fruncido y dirigido hacia atrás. Esta costura está tapada con una cinta plegada: el delantero de las caídas va replegado y fijado sobre la línea de puntos de la fig. 53.

Si se quiere evitar la molestia de labrar esta capelina, puede hacérsela de muselina de lana, con arreglo al patron.

Capelina con banda, (punto de aguja y crochet.)

Las bandas de esta capelina son bastante largas para cruzar delante y atarse por detrás. Un cinturón va fijado bajo el pico de detrás y se cierra debajo de las bandas.



CUELLO PARA CORPIÑO ABIERTO (delantero).

Nuestro modelo está labrado con lana céfiro blanca sobre agujas de madera de un grueso regular. El encaje está hecho al crochet. Lazos de cinta de terciopelo verde. Se labra la capelina en dos mitades. Se principia el lado largo inferior haciendo con un crochet de madera una cadeneta de un metro 80 centímetros de largo. Se cogen estas mallas sobre agujas de hacer media y se labra siempre yendo y viniendo. Durante las 70 primeras vueltas, se labran 2 mallas a un tiempo al final de cada 2.^a vuelta. El lado de los menguados representa la costura del medio de la espalda. En la 71 vuelta, se desmonta sobre el lado opuesto al de los menguados, hasta



SOMBRELLA

DE JARDIN



CAPELINA DE VERANO (punto de aguja).

(Véase el verso de la hoja de patrones que publicamos en el número anterior).



CAPELINA CON BANDA (punto de aguja y crochet).

para
fijado
ndas.

acer
El
er-
es.
un
n-
u-
vi-
2
El
el
ta
ta



Imp. Dupuy, Paris

Nº 1210.

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

56, Rue Jacob, Paris.

Ayuntamiento de Madrid

Nº 13



que no
siempre
vueltas
montado
tienen l
regulari
todo, d
vuelta s
ce como
riores e
capelina
chet. En

malla s
malla.
simple
una ma
la bar
piarse
pico y
lazos.
vueltas
de la ú
terciop

Somn

N.º
años. l
gro ril
negro.
negro
N.º
hace e
ciopelo
N.º

que no queden más que 75 mallas. Sobre éstas se labran, siempre al derecho, 80 vueltas. Durante las 22 primeras vueltas se disminuyen sobre el lado en que se han desmontado las mallas, 16 mallas en todo: estos menguados tienen lugar al final de las vueltas, y deben repetirse con regularidad. En el mismo lado se aumentarán 8 mallas en todo, durante las 12 últimas mallas. Después de la 80 vuelta se desmonta *flojo*. La 2.^a mitad de la capelina se hace como la anterior. Se las cose sobre sus bordes superiores en línea recta y en medio por detrás. Se orla la capelina con una vuelta de mallas simples hechas al *crochet*. En la vuelta siguiente se hacen alternativamente una

SOMBREROS DE PAJA PARA NIÑOS DE CUATRO Á CATORCE AÑOS.



N.º 4.

mall simple, 3 mallas al aire, bajo las cuales se pasa una malla. Viene enseguida una vuelta de curvas, una malla simple sobre la barreta más inmediata de mallas al aire,— una malla al aire,—5 bridas sobre la malla del medio de la barreta siguiente,—una malla al aire. Vuelve á principiarse siempre desde '. Se pliega la capelina debajo de su pico y se le pone una borla de lana blanca. Se fijan los lazos. El cinturón, hecho al *crochet*, se compone de 3 vueltas de bridas caladas y se ribetea de curvas como las de la última vuelta de la capelina. Un roseton de cinta de terciopelo verde va puesto en la estremidad del cinturón.



N.º 5.

Sombreros de paja para niños de cuatro á catorce años.

N.º 1. Sombrero de paja belga para niña de seis á ocho años. La guarnición se compone de una banda de tul negro ribeteada de encaje negro, de un lazo de terciopelo negro y de racimos de uvas. Sobre el contorno, un encaje negro estrecho.

N.º 2. Sombrero para niño de cinco á siete años. Se hace este sombrero de paja de Italia; lleva un lazo de terciopelo azul y una gran pluma blanca.

N.º 3. De paja de Italia, para niño de cuatro á seis



N.º 1.

años. La guarnición se compone de una cinta negra de terciopelo, de 3 centímetros de ancho, puesta alrededor del casco y que cruza por detrás, cayendo en dos picos



N.º 3.

de 12 centímetros de largo cada uno. Por delante un lazo igual.

N.º 4. Sombrero para niña de ocho á diez años. Se le



N.º 7.

hace de paja de Italia y va ribeteado de cinta de terciopelo negro de un centímetro de ancho y de encaje negro frunci-do. Un rizado de tul negro ribeteado de encaje va puesto alrededor del ala. Por detrás, lazo de terciopelo negro. Guirnalda de flores caen para atrás.

N.º 5. Sombrero de paja inglesa gris, para niña de diez á doce años. Alrededor del casco una banda de tul negro y encaje. Lazo de terciopelo negro. Guirnalda de follaje.

N.º 6. Sombrero de paja inglesa blanca, para jovencita de once á trece años. Este sombrero tiene por detrás una vuelta ó borde levantado. Su guarnición está hecha de crespon azul. Rizado del mismo crespon doble. Lazo de cinta azul y ramos de campanilla.



N.º 2.

N.º 7. Sombrero de paja belga, para jovencita de doce á catorce años. Alrededor del ala, velo torcido de crespon color de rosa, campanillas del mismo color.

SECRETOS DEL HOGAR DOMÉSTICO.

NOVELA INGLESA DE M. ELLIS, ARREGLADA AL CASTELLANO

POR LA

SRA. D.^a FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(CONTINUACION.)

—Vos sufrís, padre mio, exclamó Maria, creyendo que su padre iba á tener una de las crisis de que les hablaba



N.º 6.

su madre á menudo, y á la que tanto miedo tenían los niños, creyendo que perdía la razón por efecto de su enfermedad.

—No, Maria; no sufro; continuad, quiero saberlo todo.

—Y bien, continuó Maria, intimidada por el tono de su padre y por el temor de esta crisis que le ponía tan enfermo ordinariamente; ese villano de tabernero se empeñó en que le pagasen enseguida, y no hubo medio de hacer que esperase; afortunadamente había bastante dinero en la bolsa para impedir que hiciese lo que decía, embar-gar y vender nuestros muebles. ¡Si supiéreis cuánto lloró

mamá aquel día... y nosotros también... ¡Faltaba tan poco ya para compraros el caballo!... Y esto os es necesario, padre mío, á vos que estais enfermo, y que estais acostumbrado á tener cabriolé. Además, hubiera hecho muy buen efecto en la vecindad, porque se creeria que teniais muchos enfermos y no podiais ir á pié, lo que no es conveniente, á un médico sobre todo, que tiene que salir al campo; pero no es esto lo peor: como faltaba todavía para completar la cuenta del vino, fué preciso completarlo con la pension de Federico, de la escuela, que tuvo que quedarse en casa tres meses, hasta que hubo dinero, y como cuando volvió se le habia olvidado todo, le castigaron.

Jorge no podia soportar más tiempo este suplicio; pasó á su gabinete y cerró la puerta bruscamente.

—¡Ah! ¡Dios mío!... murmuró María; ¡si tendrá la crisis!... ¡y mamá que no me ha dicho lo que es preciso hacer en ese caso!...

La pobre niña escuchó largo rato, y como no oyese el más pequeño ruido se tranquilizó, dejó á un lado su labor y quitó la mesa, según lo hacia todos los días, despues del desayuno de su padre. Entonces se apercibió de que no habia comido, ni tomado el café.

—¡Está enfermo, Dios mío!... ¡está enfermo, y mamá no está aquí!... se decía la pobre niña; es preciso que Isabel y Enrique vengan, pero ¿cómo me voy á llamarlos, y si llama en tanto mi padre? Voy á decir á Sara que cuide de Enrique y haga trabajar con ella á Isabel.

Mientras que María, instruida por el ejemplo de su madre, comenzaba á llenar su mision de buena hija, Jorge, encerrado en su gabinete con la mano apoyada en la frente, creia oír resonar en su oído las crueles palabras que la inocente niña acababa de pronunciar, descorriendo ante sus ojos el velo de la miseria de su casa y de los sacrificios de su esposa.

—¡Soy un miserable!... ¡estoy viviendo hace muchos años de la sustancia propia de mi mujer y de mis hijos; yo he devorado el producto de su trabajo, de su sudor, de sus privaciones, de sus lágrimas!... ¡Los he reducido á la miseria!... ¡Los he obligado á buscar trabajo, á convertirse en costureras, en obreras!... ¡y mi hijo! ¡oh!... ¡mi primogénito, al que le estaba prometido un porvenir tan bello, no poder recibir la instruccion por pagar las deudas hechas por su padre para saciar la más brutal, la más innoble de todas las pasiones!... ¡Era esto lo que yo habia prometido á la desgraciada, á mi Leonor, cuando consintió en ser mi esposa?... ¡Era esta la suerte que yo reservaba á mis hijos?... ¡Oh! ¡soy un monstruo de perversidad!... ¡Y este monstruo, este cobarde digno del más profundo desprecio, es todavía amado de esa desgraciada mujer, que es un ángel de indulgencia y de bondad, que lejos de reprocharle sus crímenes, le rodea de cuidados, de ternura, enseña á sus hijos á respetarle y á ver un padre en el que es la causa de todos sus males!... ¡en el que ha destruido para ellos el presente y el porvenir!... ¿Y podría yo hallar gracia delante de Dios?... ¡no, no; nunca!... ¡Nunca!...

Dos horas pasaron así, y Jorge hubiera estado encerrado todo el día, si no hubieran ido á buscarle. Volvió mucho despues de la hora de comer. La mesa estaba puesta; pero atravesó la galería sin detenerse, y se encerró de nuevo en su gabinete.

María, realmente inquieta, habia transmitido á su hermano sus inquietudes.

—Es la ausencia de mamá lo que entristece á padre, y lo que le impide comer; estoy segura, decía María. ¡Si yo me atreviese á llamar á la puerta!... ¿Qué dices tú, Federico?

—Y si se enfada? Esperemos un poco.

—Es que la comida se echará á perder, y mamá ha recomendado que todo esté bien, para que no la eche de menos.

Despues de algunos instantes de vacilacion, María se decidió á llamar, advirtiéndole á su padre que la comida estaba servida.

—No tomaré nada; comed vosotros, respondió desde adentro.

La pobre María miró á su hermano.

—Y bien, comamos, exclamó Federico con aire alegre; puesto que padre lo ordena...

—Nosotros hemos comido, respondió María, y lo que Sara tiene preparado puede servir para el almuerzo de mañana: voy á decirselo.

—¡Vaya una pérdida!... ¡que nos comamos lo que padre no quiere!... ¡Como tenemos estos regalos tan amenudos!... dijo Federico; Isabel, ¿no te parece? ¡y tú, Enrique?...

¡este pobre niño que está todo el día en la cocina alrededor de Sara!...

El pensamiento de regalar á Enrique acalló los escrúpulos de María, sin embargo de que aun cuestionó largo tiempo con Federico, y sobre todo con ella misma, por saber si debian tomar al pié de la letra las palabras de «comed vosotros», dudando si podian ellos disponer de la comida preparada para su padre. En fin, los cuatro niños se pusieron á la mesa, María vigilando para que no hiciesen ruido.

Enrique estaba tan contento de lo que para él era un verdadero banquete, que, sin la atencion constante de su hermana para contenerle, hubiera comido él solo más que Isabel y Federico.

—¡Papá es muy bueno!... ¡oh, sí, muy bueno!... ¡no lo es tanto mamá!... decía el pobre niño.

—¿Y puedes tú decir eso?... exclamó María; nuestro padre está enfermo, por eso toma estas cosas, de que nosotros no tenemos necesidad, estando robustos y buenos.

—Es igual, dijo á su vez Federico; aunque mamá nos obsequiara de tiempo en tiempo, no haria nada de más, al contrario...

—¡Oh! á ti no te importa nada, hermano mío, y no reflexionas que todavía están sin pagar los meses de la escuela.

—Para lo que aprendo, no vale la pena de ir.

—Ya se yo que á ti te gustaria no ir.

—¿Y el té?... ¿Tomaremos también té?

—¡Echa! ¡echa!... respondió María; en cuanto á esto, ya

podeis pasáros sin ello; vamos, ahí teneis los postres, despachaos, á fin de que Isabel y yo nos pongamos á trabajar hasta la noche para concluir la tarea de todos los días. Es preciso que cuando vuelva mamá esté satisfecha de nosotros. Id á jugar en el jardín con Enrique, y sobre todo idos bastante lejos de la casa, para que padre no pueda oiros.

Algunos instantes despues, las dos hermanas estaban sentadas cerca de la ventana de la galería, y trabajaban hablando en voz baja.

XI.

LA RECOMENSA.

Ya era muy tarde cuando María se decidió á llamar de nuevo á la puerta del gabinete.

—¿Qué queréis? preguntó Jorge desde adentro.

—Padre mío, Enrique está desnudo y quiere abrazaros antes de irse á acostar.

Jorge abrió, y bien pronto los pequeños brazos de Enrique rodearon su cuello, abalanzándose á él desde los brazos de su hermana con el mayor cariño.

Jorge se sintió conmovido: tomó al niño en sus brazos, y lo estrechó contra su corazón.

Isabel, María y Federico estaban agrupados alrededor de su padre, y le miraban en silencio; Federico tenia en la mano una bugia que iluminaba la escena.

El pequeño Enrique demostraba á su padre con sus caricias que no le tenia miedo, y exclamaba con alegría infantil:

—¡Qué bueno es papá!... ¡qué bueno! mira, ¡si vieras cuánto nos ha gustado la comida!... tú comerás todos los días con nosotros, ¿no es verdad?... Así comeremos cosas buenas.

—Si, hijo mío, mi hermoso ángel; respondió Jorge entendiéndole apenas, pero penetrado hasta el fondo de su corazón por aquellas caricias, nuevas para él.

—Enrique, no molestes á papá, dijo María queriendo coger al niño; pero este se agarró fuertemente á su padre.

—¡No quiero irme!... gritaba; quiero hacer aquí mis rezos de la noche, delante del sillón de papá.

—Es que tiene costumbre, dijo María, de rezar todas las noches una oracion que nos ha enseñado mamá; ¿queréis permitirle que la rece aquí?

—Si, hija mía, respondió Jorge con voz alterada; y al sentarse separó al niño, poniéndole en brazos de su hermana.

—No, no; aquí en el sillón, exclamó Enrique.

—Es que los niños no imponen sus caprichos á su padre, dijo María. ¡Vamos, Enrique, ponte de rodillas, aquí en vuestro sitio ordinario, y rogad á Dios de todo corazón!...

Enrique obedeció. Estaba hermoso como un ángel, arrodillado delante de su papá, con las manos juntas y alzados al cielo sus grandes ojos azules, y ensortijados sobre sus sienes sus hermosos cabellos rubios.

María empezó la oracion de la noche: las voces de Federico, Isabel y Enrique se unieron á la suya, y las lágrimas de Jorge empezaron á correr.

Con el rostro cubierto con el pañuelo, se entregaba sin resistencia á la profunda emocion que embargaba su alma, la más profunda que habia experimentado hacia mucho tiempo. Alguna cosa de penetrante y de dulce se dejaba sentir en su alma... y cuando al cesar el rezo oyó á sus hijos pedir á Dios que guardara la vida de su padre, cuando la voz infantil de Enrique pronunció estas palabras: «¡haced, Dios mío, que papá se cure, que no esté siempre enfermo!...» ¡á su vez cayó tambien de rodillas y humillándose ante él que todo lo puede, cuya bondad se hacia sentir en su alma y que le llamaba al bien por la voz inocente de sus hijos!

El silencio habia sucedido á la oracion.

A la vista de su padre arrodillado, los niños se quedaron un instante en silencio; nunca hasta entonces le habian visto unirse á ellos para las oraciones de la noche.

Por un movimiento brusco Jorge se levantó, tendió los brazos á sus hijos, Enrique fué el primero que corrió á echarse en ellos. Los abrazó á todos dulcemente y les dijo: «¡que Dios os bendiga!» La alteracion de su voz iba en aumento; ¡dejadme, dejadme, ahora!... exclamó.

Un instante despues estaba solo.

Esta noche tambien la pasó sin dormir; pero sus pensamientos fueron menos amargos: no se creia odiado de sus hijos, porque habia visto que le amaban, ni abandonado de Dios, puesto que Dios se hacia sentir en él.

Por la mañana quiso tomar alguna friolera, pero su corazón estaba oprimido, anudada su garganta, y no pudo comer. A la hora ordinaria el almuerzo que le estaba destinado le fué servido por María, mientras Isabel trabajaba en la galería. Federico se habia ido á la escuela, de modo que no tuvo más convidado que á Enrique, cuya charla infantil escitaba algunas veces su triste sonrisa y otras le hacia penetrarse más y más de la vida de privaciones á que estaban condenados sus hijos.

Salió para ver algunos enfermos y á su regreso se encerró en su gabinete; en vano quiso leer, ocuparse de algo, todo era inútil, no sabia más que sentir, y este estado era para él insoportable. El día le pareció eterno, iba y venia en su cuarto, en la galería, en el jardín, donde estaban sus hijas, y por todas partes le perseguia ese desaliento del alma que llevan consigo los remordimientos, cien veces peor que los recuerdos que siempre le acompañaban.

Al sentarse á la mesa para comer, quiso esperar á que llegase Federico de la escuela, y por la primera vez se vió rodeado de sus hijos, que comian en torno suyo. Esta

vez tampoco pudo comer, y rechazó el vino que habian colocado á su lado. Su preocupacion, su tristeza contenian el júbilo que los niños experimentaban por este cambio. No teniendo costumbre de verlos con él, apenas conocia sus inclinaciones, y no sabia de qué hablarles.

Una palabra de María le hizo comprender que no les disgustaria dar un paseo los cuatro, y en vista del júbilo que manifestaron al proponérselo, decidió irse con ellos al vecino bosque á que comieran sobre la yerba.

Todos los rostros se animaron, excepto el de Jorge.

Para gozar de una dicha concedida á los niños, dicha bien sencilla, que les procuró solamente el cambio de lugar, es preciso tener lo que Jorge no tenia, el espíritu libre y el corazón tranquilo; sin embargo, experimentó una satisfaccion al ver que todos los niños, locos de alegría, solo pensaban en la comida de campo, proyectada para el día siguiente. ¡Todo género de placeres eran desconocidos para los pobres niños!...

Por la noche fueron como en la noche precedente á rezar con él, y Jorge trató de unirse á ellos, elevando juntos sus almas á Dios. Sin embargo, ya no sintió la emocion de la vispera; enervado durante largo tiempo por multiplicados escesos, el abatimiento sucedia bien pronto á su primer impulso. La privacion de los licores espirituosos á que estaba acostumbrado le hacia sufrir todavía más, porque sus recuerdos se despertaban apareciendo ante sus ojos el fantasma de lady Cleveland, más y más terrible á medida que se aproximaba el instante fijado para el regreso de Leonor.

La comida de campo se efectuó lejos del pueblo en un bosque, donde los niños corrieron y jugaron á su placer, comiendo sobre la yerba y alegrando á su padre que se contagiaba con su inocente júbilo.

A la noche siguiente pudo dormir algunas horas, y al despertarse empezó de nuevo á sentir el peso de su tortura, que debia crecer á medida que avanzaba el día, suplicio afrentoso y cruel, que no hubiera podido prolongarse mucho tiempo.

Sus hijos, encantados todavía de los placeres de la vispera, se familiarizaron con este padre que habia sido para ellos hasta entonces como una divinidad desconocida; quisieron distraerle, enseñándole en el jardín las plantaciones que habian hecho y las que se proponian hacer. Todo esto se hallaba tan fuera de las costumbres y de la manera de vivir de Jorge, preocupado entonces por ideas sombrías, que comenzó á experimentar una sorda irritacion, una viva impaciencia imposible de contener. Le parecia que corrian las horas con una lentitud desesperante, y que no tendria término este tercer día. No debia llegar su mujer lo menos hasta la media noche y apenas era medio día. De pronto los niños que estaban con él en el jardín exclamaron:

—¡Un carruaje!... ¡oigo el látigo del postillon!... ¡es mamá!...

Y se lanzaron todos hacia la casa.

—No; no puede ser Leonor: dijo Jorge siguiéndolos maquinalmente. No tardó en oír que el carruaje se detuvo á la puerta de la casa, resonando alegres gritos. ¡Era ella!... ¡no habia duda!... el infeliz, anhelante y sin poder apenas respirar, se apoyó contra un árbol.

—¡Jorge!... ¡mi querido Jorge!... dijo una voz bien conocida, y un instante despues estaba Leonor en sus brazos, murmurando á su oído estas palabras: «No; no la asesinasteis.»

—¡Será verdad!... exclamó Jorge con voz alterada y estrechándola contra su corazón.

—¡Es la verdad!... la pura verdad, salida de los labios de un moribundo; ¡venid, amigo mío; mi pobre Jorge, venid! tengo para vos unas líneas del doctor Wert, nuestro mejor amigo.

Leonor le arrastró á su gabinete, y alejándose con un gesto á los niños, cerró la puerta. Jorge, pálido y temblando se arrojó sobre una silla, y Leonor sentándose á su lado, le presentó la carta de M. Wert; pero no pudo leerla; la fatiga y la angustia habian puesto una nube delante de sus ojos; Leonor abrió la carta y con voz conmovida leyó estas palabras:

«Próximo á comparecer ante Dios, declaro que la muerte de lady Cleveland no puede seros atribuida; de rodillas, Jorge, de rodillas, y dad gracias á Dios.»

Jorge obedeció á la voz que le gritaba «de rodillas», y se arrodilló apoyando su frente bañada en sudor sobre las manos de su mujer, que apretaban convulsivamente las suyas. Leonor temblaba como él.

—¡Continuad!... exclamó Jorge tan bajo, que apenas le oyó.

Leonor continuó: «Si, desgraciado; de rodillas delante del que os ha evitado un crimen; ha castigado vuestra culpable conducta quitándoos la memoria y haciéndoos oír una palabra que no he pronunciado; esta palabra partia de vuestra conciencia; recordarlo Jorge!... ¿Estabais en estado de hacer aquella operacion? ¡No; no era posible; la hice yo solo; tomé los instrumentos de vuestras manos que no érais digno de manejar, entonces saliais de una orgia y osásteis presentaros delante de aquella mujer, valerosa delante del mundo, pero no delante de Dios!... ¡entonces no érais dueño de vuestra razon!...»

—¡Ya me acuerdo!... exclamó Jorge, levantando de pronto la cabeza. Si; me arrancó de las manos los instrumentos de cirugía, y entonces fué cuando creí escuchar aquella palabra fatal!... Continuad; os lo suplico.

Leonor continuó: «¡Vos no teneis nada que temer con respecto al pasado; pero pensad en el porvenir, Jorge! ¡no solamente el porvenir de aquí abajo, sino el que os espera en la otra vida!... mi estado de debilidad no me permite ser más estenso; vuestra mujer os lleva detalles verídicos. Ojalá que el arrepentimiento que mostrais, se manifieste con el cambio de conducta. Vuestro amigo, Wert.»

Jorge había de nuevo apoyado su cabeza sobre la mano de su mujer, y no lloraba, ni rezaba; la alegría que sentía era tan viva, que casi se confundía con el dolor. Sin embargo, en su agitado pecho sentía algo consolador, experimentando una dulce sensación con las lágrimas de Leonor que caían sobre sus cabellos blancos antes de tiempo. ¡El también hubiera querido llorar y rezar; pero no podía!... por fin se levantó, y sentándose cerca de aquella mujer tan tierna, tan llena de abnegación, á quien había hecho desgraciada, quedó inmóvil y silencioso con los ojos fijos, y sin ver nada.

—Amigo mío; estáis justificado hace mucho tiempo con Sir James, que dejó la ciudad poco tiempo después de la muerte de su mujer. Nuestro digno amigo, se creyó en el deber de provocar una explicación sobre el pasado, á lo que os opusisteis, y si hubiérais tenido más confianza en mí, si desde luego me hubiérais confesado la clase de pesar que os devoraba, no hubiérais sufrido tanto!...

—¿Y tú pobre ángel!... ¿no hablarás nunca de ti?... exclamó Jorge con un acento tan tierno que Leonor se conmovió hasta el fondo del alma.

—¡Gracias, Dios mío!... exclamó ella alzando las manos al cielo; ¡la dicha ya á renacer entre nosotros!... ¡Gracias, oh Jorge!... ¡Gracias!... Pero dejadme, amigo mío, que os lo diga todo... Dejarme contar las noticias de que soy portadora... antes una palabra sobre nuestros hijos...

—No me han dejado un momento durante vuestra ausencia; ya no me creo odiado de ellos, ni abandonado de Dios. ¡Oh! ¡cuánto he sufrido!... ¡ya puedo hablaros de mis penas á vos que las habéis sobrepasado!... ¡qué de sacrificios, Leonor!...

—¡Ah! no temáis; el manantial donde tomo fuerzas está siempre abierto para mí: si vos aprendéis á beber en él, amigo mío, seremos tan dichosos como es posible serlo aquí en la tierra!... Una palabra todavía sobre esta pobre lady Cleveland: su propia imprudencia y la de su marido la perdieron; no quiero acusarla, porque hace tiempo que compareció ante Dios, y Dios en su misericordia infinita juzga de otro modo que los hombres, cuya sabiduría es tan incierta, y cuya indulgencia tiene límites tan estrechos; así, espero que habrá sido perdonada; ¡pero qué de males han resultado de lo que M. Wert, con su buen sentido acostumbrado, llamaba *falso valor*!... ¡Es preciso tener muchos años para comprender lo que es el verdadero valor y para reconocer que el verdadero heroísmo es otra cosa que una máscara tomada para obtener los aplausos de la multitud!... ¡Pobre lady Cleveland!... ¡El sentimiento purísimo de sus deberes como esposa y como madre hubiera sido su mejor guía, y así ha pagado con su vida su peligroso error!... Vos, Jorge, no podéis acusaros, ni nadie os atribuye esta muerte, que fué causada por la brusca aparición de sir James; aquella repentina emoción precipitó el fin de lady Cleveland. ¡Si, demos gracias á Dios!... tributémosle una gratitud infinita; ¡su bondad nos ha salvado!...

—¡Habla!... ¡sigue hablando!... dijo Jorge, que había dejado caer su cabeza sobre el hombro de Leonor; ¡tu voz produce en mí el efecto de una música celestial!...

Leonor siguió prodigándole palabras consoladoras y persuasivas, que elevaron al culpable á sus propios ojos, despertando en su alma la esperanza de un porvenir risueño y tranquilo, libre de las agitaciones que había acabado su vida durante los últimos años. Ella mostró á Jorge con su dulce elocuencia el objeto y la recompensa á que debemos aspirar todos en el cumplimiento de nuestros deberes. Mostró á sus hijos, pedazos de su alma, cuya suerte le estaba encomendada y que debía arrancarlos á la miseria, despertando en ellos las facultades de la inteligencia y del alma, para que con una educación esmerada pudieran cumplir en el mundo su destino, próspero ó adverso.

Cuando le dejó estaba completamente tranquilo, casi reconciliado consigo mismo, y decidido á emplear todas sus fuerzas para reconquistarse el puesto distinguido en que se había colocado al principio de su matrimonio.

Con la indulgencia de una mujer acostumbrada á perdonar siempre, Leonor escusó la indiferencia de su marido hacia las noticias que traía; pues él no pensó en informarse del estado en que quedaba M. Wert, creyendo fuertemente que después de tantos años de remordimientos, de turbación y de desórdenes que le avergonzaban, Jorge debía estar como absorto en una triste contemplación de sí mismo, siendo preciso mucho tiempo para que su alma abatida se rehabilitase volviendo á tomar parte en las escenas de la vida.

En medio de sus hijos, descansó Leonor de las fatigas de un viaje hecho tan rápidamente; estaba ansiosa de saber lo que había pasado durante su ausencia, y de nuevo dió gracias á Dios por su bondad infinita.

Al siguiente día empezó la vida de familia; ya Leonor no se veía en la cruel necesidad de ocultar un padre á sus hijos, podía y era su deber aproximar los unos á los otros; pero faltaba evitar á Jorge la especie de fatigoso disgusto que debía sentir por un cambio tan radical en sus costumbres; era preciso contener la alegría de los niños, producida al verse asociados á la vida de su padre, tanto tiempo respetado y amado. Leonor comprendió que el valor de su marido se reanimaba con su infatigable ternura y la de sus hijos, sosteniéndole sin cesar con sus consejos y trabajando de continuo para que no decayese su perseverancia en la senda del arrepentimiento. Es muy difícil desarraigar un vicio que durante tantos años ha formado la base de las costumbres de una persona, y se consigue desterrarle al recuerdo de lo pasado, por la penuria del presente y con la esperanza del porvenir. Y la curación era más difícil, donde Jorge no podía encontrar esas distracciones que el hombre instruido halla en sus relaciones con otros hombres instruidos como él. Difícil era, por lo

tanto, la tarea de Leonor, para lo cual pidió á Dios con fervor que le ayudase á cumplirla.

Algunos días habían corrido desde su regreso, cuando una mañana estando sola con su marido, á cuyo lado se puso á trabajar, le dijo:

—Amigo mío, es preciso que os hable de mi familia; yo apenas he podido ver un instante á mi madre, que está disgustada por los matrimonios poco ventajosos, en cuanto á fortuna, que han hecho mis hermanas; pero ellas están contentas y eso basta. Juan tiene disposición para el comercio y está en camino de enriquecerse; Alberto, vuestro favorito, es marino, como sabéis, y ya se le puede asegurar un encumbramiento rápido. Con la educación y con la instrucción, una familia concluye por abrirse paso en el mundo; cada uno de los miembros que la componen halla su puesto, por eso debe ser la primera obligación de los padres procurar á sus hijos esa educación, origen de su fortuna futura, ¿no lo pensáis así?

—Pienso como vos, Leonor, y comprendo lo que queréis decir; ¿pero qué podemos nosotros hacer por esos desgraciados niños, reducidos como estamos á una escasez tan grande que nos es imposible el más pequeño gasto?

—Podemos darles, amigo mío, lo que nosotros hemos recibido, procurándoles además la protección de nuestros amigos y de nuestros parientes.

—¿Y dónde están esos amigos y esos parientes?—exclamó Jorge con amargura.

—Empecemos por los parientes, replicó Leonor sonriendo; Juan me ha ofrecido encargarse de la suerte de Federico, si os decidís á dedicarle al comercio.

—Pero Federico no sabe nada.

—Este niño no es un prodigio, sin duda, pero sabe lo que es posible aprender en la escuela de un pueblo, y si vos consentís, aprovecharemos la buena voluntad de nuestro joven vicario que me ha ofrecido completar su instrucción.

—Yo podría dar lecciones á mi hijo, respondió Jorge, y desde luego sería una ocupación mejor que la que he tenido en mis ratos de ocio durante tantos años.

—Como gustéis; Federico y yo os lo agradeceremos siempre.

—Nuestro joven vicario es un buen muchacho, y muy instruido por cierto; entre los dos le instruiremos.

—Permitidme confesaros, amigo mío, que entreveo un matrimonio posible, entre nuestro joven vicario y María que pronto será una mujer.

—¿Ya pensáis en casarla? exclamó sorprendido Jorge.

—Una madre piensa en el matrimonio de sus hijas antes que vengan al mundo, dijo Leonor riendo.

—Pero pensad que nuestro joven vicario puede ser párroco de algún curato considerable, y María no posee nada en el mundo, ni poseerá.

—Amigo mío, ¿y no es poseer nada á los ojos de un hombre razonable, el tener amor al trabajo, estar acostumbrada á una vida penosa, y poseer un alma pura, templada en la adversidad?...

—Y bien, exclamó Jorge sonriendo á su vez; para el matrimonio de María con nuestro joven vicario doy desde luego mi consentimiento. ¿Y para Isabel, no teneis preparado algún marido?

—Todavía no; pero él se presentará, no lo dudeis.

—Volvamos á Federico: él os debe, Leonor, el no haber crecido en una ignorancia completa... vos sola lo habéis hecho todo por nuestros hijos; el producto de vuestro trabajo les ha dado pan y la instrucción primera; ya es tiempo, pues, de que el padre haga á su vez alguna cosa por ellos: ¡hasta el presente solo le deben la vida y la miseria!...

—Vamos, Jorge; es preciso no volver á esos negros pensamientos en el momento en que todo nos sonríe.

—¿Qué nos sonríe, decís?

—Sin duda, ¿no somos hoy felices? la verdadera felicidad está entre nosotros, no esa falsa dicha que da la fortuna y el mundo. Después de diez y seis años de matrimonio, somos todavía esposos amantes, tenemos hijos, guapos, alegres y contentos con su suerte, buenos parientes dispuestos á tenderles su mano protectora; vislumbramos un porvenir para Federico y María; vuestra clientela aumenta, teniendo ya en el número de vuestros clientes á las personas más ricas del país, M. Brown, y M. Flammsted, y esperanzas de ser dentro de pocos años el médico más notable de todos estos pueblos. En fin, querido Jorge, tenemos en M. y mistres Wert los mejores amigos, pues yo creo que el buen doctor saldrá bien de esta enfermedad, que le ha conducido á las puertas de la muerte, y desde luego hallaremos en él un apoyo para nuestro Enrique. El hijo del buen doctor me ha dicho que será para nuestro querido niño, lo que M. y mistres Wert han sido para vos. ¡Ah! Jorge, no seáis ingrato con la divina Providencia que nos ayuda visiblemente; ayudémonos á nosotros mismos según Dios nos lo ordena, sosteniendo nuestro valor el bien inmenso que nuestros esfuerzos han de reportar á nuestros hijos.

(Se continuará.)

LA CARTA DE AMOR.

Pocas veces el pincel de un artista habrá llegado á crear tres figuras más graciosas, más seductoras, más interesantes, que las que representa el grabado que damos en la primera página, copia de un cuadro célebre, premiado en la Exposición de París. Son dos amigas asistiendo á la lectura de un billete amoroso, que otra de ellas acaba de recibir. La curiosidad, ese sentimiento elevado á pasión por el sexo bello, se retrata con admirable verdad en los

tres lindos semblantes; pero en cada uno toma distinta expresión, según el carácter y la posición de cada cual. La figura de enmedio, que es la principal interesada, lee con una especie de recogimiento y solemnidad, que no excluye la placidez y la satisfacción del amor propio halagado. La de la derecha, la más joven de todas, escucha aquellas tiernas frases, cual si escuchara la dulce melodía del canto del ruiseñor: es quizá la vez primera que penetran en su oídos los acentos inefables de un alma enamorada. La mayor de las tres ha adoptado esa actitud de severidad y reserva que conviene en casos tales á las doncellas ya experimentadas en el arte de Ovidio. El grupo, en su conjunto y en sus menores detalles, en los rostros y en la postura, y hasta en los pliegues de los vestidos, es más que una escena de la vida de la mujer; es la brillante idealización de la curiosidad femenil en lo que tiene de serio, y al mismo tiempo de trascendental para el hombre en el amor.

Justa es la popularidad que ha alcanzado en poco tiempo esta bella pintura. La fotografía, la litografía y el grabado la han reproducido por miles y miles de ejemplares, y apenas hay una señorita de buen gusto en París, que no adorne su álbum ó las paredes de su gabinete con una copia de *La carta de amor*. Deseando, pues, que las señoritas abonadas de *LA MODA* no carezcan de tan preciosa joya artística, nos hemos determinado á publicar en este número el grabado que es una de sus más exactas y acabadas reproducciones. No dudamos que nuestras inteligentes suscriptoras sabrán apreciar debidamente el valor de este obsequio.

FLORES DEL PENSAMIENTO.

Con este título acaba de salir á luz en Huelva un tomo de poesías debido á la pluma del estimado literato don Fernando de Anton, autor de varias otras producciones, entre ellas *Luchas del siglo* y *Cuadros sociales*, que fueron recibidas á su aparición con general aplauso. En la imposibilidad de dar á conocer á nuestras lectoras todas las bellezas literarias que encierra esta variada colección, donde el poeta hace gala de instrucción nada común, de imaginación fecunda, de no vulgar ingenio y de dicción pura y correcta, nos permitiremos transcribir á las columnas de *LA MODA* dos de sus lindas flores, cogidas al azar, mas cuya índole y carácter diferentes revelan la abundancia y flexibilidad del ingenio que las ha producido.

LA VIOLETA Y EL ARROYO.

FÁBULA.

Junto á un arroyo que borda con la espuma de sus aguas un prado ameno, frondoso, que lindas flores esmaltan, una tímida violeta su blando perfume exhala. Arrojado en la dulzura de esa flor tan bella y casta, un lozano pensamiento con voz doliente así exclama: «Violeta, ¿por qué no acoges el hermoso amor del alma? ¿Por qué no escuchas mi acento, ni respiras mi fragancia? ¡Ni te ablandan mis querellas, ni te conmueven mis lágrimas!» La violeta en los cristales del arroyuelo extasiada, una perla de rocío de su corola derrama, que va á aumentar las corrientes de aquellas lípidas aguas. El la mira conmovido y del céfiro en las alas tierno suspiro la envía, que la enloquece y encanta. La violeta dulcemente al impulso de las auras, se inclina al feliz arroyo que se estiende, que la arranca, y enamorado la lleva en sus corrientes de plata. Mas... ¡pobre flor sin ventura! sin corola, deshojada... en el lecho del arroyo su postrer suspiro exhala. El pensamiento la mira y derramando una lágrima, murmura con triste acento estas sentidas palabras: «La flor débil, caprichosa, que á un puro amor es ingrata y se entrega delirante al ciego amor que la ultraja, ¡castigo eterno del cielo! ¡su propio infortunio labra, y, en la negra ingratitud, los desengaños la matan!»

EL IMPUESTO DE LOS SOLTERONES.

¿Por qué, señor, cuando el fisco se encuentra tan abrumado, no se acude á un gran tributo

de inmediatos resultados? Hay en esta amable España una multitud de zánganos, sibaritas descreídos, trancones estrafalarios, los que no quieren casarse ¡lividinosos! ¡javaros! por no cargar con la cruz y socorrer al Estado. Ellos no pagan tributos, pues fuman de contrabando: a la patria no dan hijos y jegoístas consumados! aunque ostenten gran abdomen consumos nunca han pagado. Como la yedra maldita que cerca y atrofia el árbol, ellos matan las creencias de los corazones cándidos, y corrompen la familia, que de ella son los parásitos. Según todos los guarismos de mis infalibles cálculos, hay en España á lo menos sesenta y cinco mil zánganos, que á ciento veinte reales, cada mes, da un resultado de cerca de cien millones de reales vellón al año. Es un impuesto magnífico y muy fácil el cobrarlo: al *trancon* que se resista, á las costillas... cien palos. El pueblo estará contento y también los propietarios: ofrecerán las solteras una corona de nardo, de siempreviva y jazmines al gobierno humanitario que así castigue á los célibes. No haya piedad: ¡fuera zánganos! Ó que carguen con la cruz, ó que nos suelten los cuartos.

FERNANDO DE ANTON.

REVISTA DE MODAS.

París 26 de junio de 1870.

Ya que la estación canicular, enemiga de la actividad y del movimiento, condena á la naturaleza entera, sin exceptuar la incansable moda, á la calma y al reposo, aprovechemos esta cortísima tregua para dar á nuestras lectoras algunos consejos sobre arreglos y reformas de trajes; consejos que no llevan la pretensión de novedades ó invenciones, pero que son quizá tan útiles é importantes como aquellas. Es indudable que no todas las mujeres se hallan en situación de construir sus trajes completos sobre bases enteramente nuevas; y si bien hay muchas señoras deseosas de conocer todo lo que se usa, las hay asimismo que desean saber lo que puede evitarse, sin faltar á los preceptos generales de la moda. Á estas últimas dedicamos el presente artículo.

Por lo demás, es errónea la creencia de que el vestir bien sea un secreto en que haya que iniciar á las señoras. El vestir es hoy un arte exclusivamente personal, que reside en el gusto

y en los recursos de cada una. Solo hay uniformidad en lo que puede llamarse las grandes líneas *generales* de la moda, es decir, que obedeciendo á una consigna transmitida por toda la redondez de la tierra con rapidez telegráfica, todas las mujeres del universo llevan simultáneamente, ya un mirriñaque voluminoso, ó un mirriñaque de vuelo más reducido, ora vestidos de cola, ora vestidos cortos ó rasantes; tan pronto sombreros bajos, como sombreros cuya cima toca á las nubes. Pero una vez observadas estas reglas, puede darse rienda suelta á la imaginación, al gusto (bueno ó malo), y sacar partido de lo que cada cual posee para acercarse cuando menos á la moda.

Los adornos ó guarniciones de los vestidos de calle son el punto más esencial para las reformas y refundiciones de los trajes de medio uso. Nada más frecuente hoy que el ver grandes guarniciones de encaje negro ó blanco sobre trajes de día, y esta moda es tanto más cómoda y útil, cuanto que permite emplear un encaje del cual se están haciendo lindísimas *imitaciones*, que no se diferencian en nada de los verdaderos. Nos referimos al encaje de Brujes, que se usa en vez de flecos, para guarnecer los vestidos, aun los de color oscuro; pero mientras más oscura es la tela del vestido, mayor deberá ser la cantidad de encaje que en él se emplee. El encaje de Brujes es, en una palabra, una de esas *novedades*, al parecer de escasa importancia, pero que renuevan un vestido antiguo.

Otro tanto puede decirse de los encajes negros, bajo los cuales se pone una tira de muselina blanca plegada. Esta moda persiste, y da fácilmente á un paletó ó á un vestido cierto aire de novedad que, sin ser costoso, es en extremo agradable. El modo más práctico de emplear estas tiras consiste en doblarlas sobre cada lado largo, plegarlas sobre uno de estos lados, planchar los pliegues con una plancha caliente, y por último, en embastarlas bajo el encaje, es decir, coserlas á puntos largos que permitan levantar estas tiras fácilmente para lavarlas cuando sea necesario.

Empiezan á llevarse, *de día*, altos volantes de encaje negro. Se les pone generalmente sobre el volante ó los volantes hechos de la misma seda del vestido. Se completa el traje con un manton de encaje negro, arreglado á la moda actual y según las indicaciones que hemos dado en nuestras anteriores revistas. Á falta de manton, podrá usarse un chal ó banda de encaje negro, si conviniere.

Los encajes blancos que se usan comunmente para adorno de los vestidos de calle no pasan de 5 á 8 centímetros de altura; con ellos se guarnecen los paletós, las túnicas y el borde inferior de los volantes iguales al vestido. Pero, á escepción del encaje de Brujes, ya mencionado, del encaje de Valenciennes y de la guipur, no se usan otros encajes blancos, *de día*, para guarniciones de vestidos.

He dicho varias veces, y lo repito ahora, que no se llevan de día y en la calle vestidos de muselina blanca sobre transparentes de batista de color. Esto puede llevarse en casa y en el campo, pero no en la ciudad. Tampoco se puede, en ningún caso, recojer estos vestidos sobre faldas de batista de color. Generalmente el vestido de muselina blanca cumple una misión de sencillez que estaría en completo desacuerdo con los pliegues, lazos y *recogidos*, merced á los cuales el vestido en cuestión se asemejaría á un vestido de baile, puesto de día distraídamente. Resumiendo: se llevará, si se quiere, un vestido de muselina blanca, pero sin doble falda ni túnica, y se le pondrá debajo una enagua también de muselina blanca.

Los sombreros no son ya otra cosa que diademas muy levantadas. Los llamados *redondos*, que se diferencian muy poco de los que no lo son, sirven únicamente para trajes de mañana, para viaje ó paseo.

LA VIZCONDESA DE CASTELFIDO.

ESPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.
Núm. 1.267.

Traje de lienzo mejicano crudo, compuesto de una falda redonda, de una sobrefalda recogida y de un paletó. La guarnición se compone de siete cintas de terciopelo negro, sobre las cuales van echadas, de trecho en trecho, varios ramos de flores del campo, como amapolas, campanillas, violetas y espigas bordadas con seda de colores naturales. La misma guarnición lleva la sobrefalda, pero solo de cinco terciopelos negros. Al paletó se le ponen solamente tres. Las mangas del paletó son dobles: las primeras muy anchas y hendidas; las segundas estrechas.

Vestido de fular azul, con rayas finas azules más oscuras. Casaca de tafetan negro.

Traje de cachemira blanco, compuesto de una sobrefalda redonda, de una sobrefalda no recogida y de un paletó con mangas anchas y hendidas y mangas de debajo de estrechas. El traje entero va guarnecido de una cenefa bordada por el estilo de la cachemira de la India.

CORRESPONDENCIA.

Madrid 28 de junio de 1870.

M. M. C., Salamanca.—Los trajes más elegantes para viajar y de los que ya en nuestras anteriores correspondencias hemos hecho la descripción, son de lana color crudo ó de hilo crudo, guarnecidos con volantes bordados con terciopelo negro: la segunda falda puede hacerse marrón ó bismark, guarnecida con bieses y fleco. Un gabán holgado muy corto con aberturas por detrás y á los costados, manga ancha y adornado con fleco y bieses, completa el traje acompañado de un sombrero de

forma oval, de paja inglesa, ó de Italia, negra ó blanca, y adornado con flores silvestres y terciopelo; para vestidos de casa y para ir al baño, puede hacerse de muselina color crudo guarnecido con bordados á la inglesa, tres volantes fruncidos, túnica abierta recogida por los lados y con guarnición bordada y sombrero de paja de Italia; es un traje de suprema elegancia.

R. B. y M., Puente Sandodio.—La crepelina, no solo sirve para túnica, sino para traje completo. Los volantes de granadina negra y blanca, para los vestidos, no están de moda, ni haría buen efecto. No habiendo tela para guarnecerlos, pueden adornarse con flecos y bieses de terciopelo ó raso color plomo ó negro, ó con una túnica de crespón de China azul ó blanco para el más claro, ó negro ó ceniza para el más oscuro; si no se quiere poner túnica, adornar la falda con bullones y rizados de las telas indicadas: el corpiño puede ser montante ó descotado con segundo cuerpo alto de crespón de China ó de granadina, si los adornos de la falda son de esta tela. La crepelina de 14 rs. es de lana.

C. S. de C., Bello (Asturias).—Siendo ya para alivio de luto puede llevarse el sombrero blanco adornado con gasa negra al rededor, banda larga de lo mismo y pluma negra, ribeteada el ala con terciopelo negro.

E. S., Cádiz.—Los sombreros de paja son los más admitidos para viajar, y los más á propósito, sea de paja inglesa negra, hoy muy en boga, sea blanca: los adornos varían mucho, pero son muy elegantes, con flores silvestres, espiga y encaje de paja, con caída de cinta, ó con pluma y gran caída de gasa. La forma oval es la de última novedad.

J. G. de P., Gijón.—Las mantillas para vestir vuelven á usarse de blonda y de encaje de Almagro, pero de dibujo pequeño: guarnición, fónido y velo todo igual, pero como más elegantes, se llevan los velos de Chantilly, y para verano, los velos de tul liso pueden también usarse.

D. A. de T., Fuente-Alamo.—Si el vestido de gasé verde es para toda etiqueta, sería elegantísimo con volantes alternados de encaje blanco y negro. Si hay tela suficiente, es decir, de diez y ocho á veinte varas, se pondrán volantes fruncidos con cabecilla rizada, y en la segunda falda dos rizados y fleco verde. El corpiño guarnecido lo mismo con manga estrecha hasta el codo y con un ancho volante. El escote de corazon con un rizado y doble guarnición de encaje blanco, formando como un encañonado: la falda rasante ó con semi-cola; este modelo será de gran efecto.

M. de los A. L., Jerez.—Justamente la dirección se ocupa en la actualidad de publicar una serie de artículos referentes á lo que V. desea.

Alb. Gamot, Paris.—Están hechos sus encargos y se aguarda el *Cofrecito de belleza* que la señora Condesa tiene encargado. El blanco de Páros, la Rosa de Chipre, el Rocio de Oriente y la Velutina de Fay han llegado; pero como los encargos son muchos debe V. enviar más.

LA BARONESA DE WILSON.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO INSERTO EN EL NÚMERO 21.

Es del amor la pasión,
un volcan en un balcon.

Las soluciones recibidas han sido de las Srtas. D.^a Enriqueta Raggio y Moreno (Málaga), y D.^a Maria Antonia Manzano (Madrid).

ANUNCIOS.

ALCOHOL DE MENTA (DE RICOLÉS). Treinta años de éxito. Maravilloso para la digestión. Refresca la boca y calienta el estómago, disipa los dolores de cabeza y de nervios, y es excelente también para el tócoro.

Fábrica en Lyon, 9, carrera de Herbouville. Depósito en París, 49, rue Richer, y en las principales boticas de España y Ultramar.

ALTERACIONES DE LA TEZ Y ARRUGAS.

LA LECHE ANTEFÉLICA Ó LECHE CANDÉS, pura ó mezclada con agua, disipa las manchas de embarazo, pecas, espinillas, asoleo, eflorescencias escamosas ó harináceas, sarpullido, granos, barros y arrugas. Conserva el cutis y da al rostro tersura y nitidez. Precio del frasco en París: 5 francos.

París, Candés y compañía, boulevard Saint Denis, 26.

ACEITE DE ABRÓTANO (ABROTANUM). Especia-

lidad sin rival para el crecimiento y conservación del cabello y de la barba. Acompaña á cada frasco una reseña para el uso de este aceite.

PRECIO, 5, 7 y 10 rs. frasco. De venta en Madrid, Toledo, 46, y Carretas, 31, y en provincias, en las principales perfumerías.

Fabricante, J. S. Chavero.—Málaga.

UNGÜENTO Y PILDORAS HOLLOWAY.—Dispepsia, desórdenes

de la digestión.—Personas hay que están especialmente propensas á las afecciones del estómago y del hígado, mientras que otras se ven acometidas de dichas enfermedades á consecuencia de sus costumbres sedentarias, del llevar una vida irregular, ó de una larga inquietud mental. Encontrándose desordenados el hígado y el estómago, el corazon y los pulmones participan pronto del desarreglo, y los efectos de esta combinación de males se hacen visibles, así en la mente como en el cuerpo. Estas admirables Pildoras obran directamente sobre los citados órganos, y no tardan en restituirles la sanidad normal. Las impurezas son expelidas del sistema, los órganos de la respiración son librados de toda obstrucción, la sangre irritada es refrescada, las secreciones biliosas son regularizadas, la acción del corazon se tranquiliza, los nervios vuelven á adquirir el vigor perdido, y, en una palabra, el paciente recupera su salud normal, tornándose á entrarse la digestión en el estado natural de orden, y reanimándose el espíritu.

MADRID.

IMPRENTA Y LIBRERIA DE LA ILUSTRACION.
CALLE DEL ARENAL, NÚM. 16.

SALTO DE CABALLO
PRESENTADO POR DON TEÓFILO CID (CASTROGERIZ).

pi	de	á sus	mon	en	la,	jos	ñas,
lla	sus	sus	des	li	ta	no	ha
ra	con	que	ros	es	de	ga	la
es	ti	pe	a	pi	tos,	ve	si
gue	vuel	se	y	no	do	res	ho
Cas	tas	lle	ran	fec	sus	to	v el
vas	bri	cas	irá	te	tier	lla	A
au	que	jas	nos	te	na	des	cuan
a	por	vuel	es	con	sus	A	cu
ve,	sen	te	de	ella	que tu	ti	pi
ellos:	te	ra	tu	vuel	lia	Mi	que
zon	rias	Que	Ju	co	As	vas	del

Principia en la casilla que lleva el núm. 1 y concluye en la del 128.